

El colgado

*Entonces, respondió Jehová a Job desde un torbellino, y dijo: ¿Quién es ese que oscurece el consejo con palabras sin sabiduría?
¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra?*

Libro de Job, 38 1-4

Amaneció, no podía moverme. Pronto me di cuenta de que no se trataba de uno de esos sueños que tengo a menudo y que nadie de quienes conozco recuerda haber tenido jamás: estoy despierto, pero mi cuerpo duerme y no lo puedo mover, por mucho que, angustiosamente, haga el intento. Me concentro, pero nada pasa, el cuerpo parece de roca. Tengo el gusto amargo que dejan los sedantes. Para estas alturas, me es más que familiar. No soy de los enfermos más dóciles de esta pocilga.

No siendo la hormona del sueño la que falla esta mañana, me percaté, poco a poco, en la medida que mi mente pastosa puede avanzar a rastras para acercarse a un atisbo de conciencia, que estoy atado a la cama con una camisa de fuerza.

La memoria regresa con su dolor sofocante.

Muchos en este lugar tratan de matarla cortándose la piel a filo de navaja. Lo cual es, créanme, la administración de una personal misericordia.

La imagen que asalta mi mente me arranca escalofríos. En la oscuridad de la bodega de suministros —y nadie se explica cómo pudo llegar hasta allí— en lo más alto del techo que es muy alto —y nadie se explica cómo pudo llegar hasta allí— Marcos gritaba. Los que pudimos escucharlo, nos acercamos para saber lo que acontecía. Nadie entendía lo que quería decir: Dame un leproso para abrazar... Dame un leproso para abrazar.

La críptica frase no tenía ningún sentido para quienes observaban la escena. Tampoco entendían a quién hablaba el suicida. En tremenda crisis, el hombre parecía esperar por una respuesta. Ante el silencio de su interlocutor ausente, dudó un momento y a continuación se lanzó al vacío con el alambre al cuello. Murió ahorcado. Nadie había podido comprender lo que pasó, excepto yo.

Soy homosexual, adicto y escritor. Como pueden ver, me identifico con muchos famosos, aunque mi nombre no haya salido nunca de las sombras.

Marcos pasaba por uno de sus buenos periodos, y cuando digo buenos, me refiero a que sus deseos suicidas estaban bloqueados por los narcóticos que le suministraban en dosis elefantiásicas y que el aturdimiento era mayor que su pasión por morir. Como siempre, es cosa de perspectivas.

Cuando estaba tranquilo o, mejor dicho, tranquilizado, era posible compartir con él ratos hasta cierto punto humanos. En uno de esos momentos, le leí un cuento de Truman Capote: un desahuciado de la vida recuerda la historia de un hombre terrible que luego de derramar mucha sangre y cometer infinitas crueldades, se postra ante Dios y decide abrazar la fe. Todo lo que antes fue brutalidad se convierte en caridad y entrega al prójimo. Pero como Dios es suspicaz de

estos cambios tan radicales, decide cerciorarse antes de garantizarle el paraíso. Baja a la tierra en forma de un leproso. Se acerca al converso y le pide que le dé de comer. Por supuesto, el hombre de inmediato se quita el pan de la boca. Le pide que lo cubra y de igual manera, pronto se quita su propia saya y se la coloca en los hombros: Como prueba final, el dios leproso le pide al converso que lo abrace.

Demás está decir que el leproso, aparte de ser terriblemente desagradable a la vista, olía muy mal. Contra todos los pronósticos, el converso lo abraza, sin dudar un segundo. En ese momento, el hombre caído se transforma en santo, consigue la redención total, la salvación, la liberación de la perpetua condena.

Marcos quedó estupefacto con la historia. Me preguntó si yo creía que fuera posible que algo así sucediera. Era difícil darle una respuesta, pues la interrogante no era cosa ligera de dilucidar. ¿Creía yo en Dios? ¿En la bondad? ¿En los milagros? ¿No era precisamente no saber qué responder frente a esas cosas y otras fundamentales, lo que me había traído hasta aquí?

La indecisión era mi terreno personal de acomodo. Aún con mi enfermedad mental no terminaba de decidirme: no soportaba la idea de abrazar la normalidad de la existencia, es decir, curarme. ¿Para qué? Mi experiencia vital había estado llena de una agobiante hipocresía, de una helada indiferencia. Tampoco tenía el valor de lanzarme al abrazo de lo que se me mostraba como más veraz: lo ilógico, el caos, la profunda y misteriosa locura ...

Mi enfermedad era, pues, una incurable falta de fe.

Vacilando en medio de los dos extremos, me vi tan colgado como el pobre Marcos cuando oscilaba desde el techo como un péndulo, solamente que yo no colgaba del cuello, pues tampoco me decidía a morir. Colgaba con el cuerpo invertido, como un redentor al revés.

Con Marcos opté por la condescendencia: le dije que sí, que creía en la historia. Pensé que quizá la esperanza en la ayuda extraterrena le permitiría sobrellevar mejor su miseria.

Podía fácilmente haber caído en la trampa para bobos (como acostumbro llamarla) que me tendía el destino: sentirme culpable de su muerte por haberle dicho lo que pudiera considerarse una mentira .. Pero no fue así.

Cuando oí sus gritos, cuando lo vi colgado, una ciega rabia me hizo perder el control; pero este desborde no era por él sino por mí. Muy dentro de mi corazón (si es que el corazón tiene algo que ver con esto), deseaba que existiera un Dios que, ante la necesidad de liberación de un hombre, no dudara un segundo y bajara hecho un leproso al cual abrazar como prueba de que algo valía dentro de este hombre que merecía ser salvado.

Ante el mutismo divino, perdí el asidero de frialdad donde me escondo. Me encendí como una antorcha. El sanatorio se volvió un pandemonio, pues los ataques de locura son contagiosos.

Así llegué aquí, a esta cama, donde todavía me detienen a la fuerza, atado con cinturones y hebillas, movidos por el miedo de que la parte indomable de mí ser pueda volver este día a liberar el sentimiento de que, a pesar de todo, todavía estoy vivo por dentro.